

**Relato escrito por Gonzalo Rodas Sarmiento,  
perteneciente al libro "Diálogos insondables".**

### **Idealismo**

- Veo que caminas tan lento que te alcancé.
- ¿Y? Si no tengo apuro. Ni estado físico, tampoco.
- Por acá, nadie tiene apuro, según me he dado cuenta.
- Creo que es bueno detenerse un poco. Así, conversando, tendremos un viaje más acogedor. Se trata de disfrutar el viaje, y no de correr tras una meta.
- En estos años de ahora, ya no tengo ninguna meta.
- Entonces, ¿antes tenías? Cuando estabas allá...
- ¿Quién eres?
- Me llamo Oscar. Amo la belleza, y trato de interpretar el vuelo de las golondrinas. ¿Y tú, quién eres?
- Mi nombre es Ernesto.
- No te puedo creer. Pero, ¡qué regalo! No te imaginas la felicidad que me da... Que un Ernesto sea ahora mi compañero de senda. Increíble. ¿Y eres formal?
- Para nada. Parece que das mucha importancia a mi nombre.
- Siempre se la he dado. Desde que estaba allá y me dio por escribir, justamente acerca de esa circunstancia extraordinaria.
- ¡Ah! Ya sé... Eres poeta.
- Bueno, sí, ¿por qué no? En vida escribí cosas que aún me gustan, como si las viera por primera vez y no las hubiese escrito yo.
- Me viene bien compartir el camino con alguien culto, como tú, Oscar.
- Culto y curioso. Quiero saber todo sobre ti. ¿A qué te dedicaste?
- A buscar la justicia y la libertad de los pueblos, luchando por los derechos de los más pobres.
- ¡Ah! Por ahí estaba tu meta. Y, cuéntame cómo fue que tuviste que venir a este otro ámbito, a buscar el Paraíso, porque... ¿en eso estamos, no?
- Por cierto, en eso estamos.
- Y la señalización caminera no ayuda mucho. Pero, ¿sabes? podré conocer lo que fue tu vida, si me cuentas tu muerte.
- Me mataron en una sala de clases, de una escuelita pobre, pobre, pobre, de un pueblito pequeño, perdido en la sierra. La escuela tenía dos puertas, dos ventanas y dos salas.
- Entonces, también eres culto, Ernesto. Y amas a los pobres.
- Lo más notable de mi muerte fue el haber conocido a la maestra. Era casi una niña. Y se las arregló para convencer al guardia que la dejara entrar. ¡Entrar a su

ámbito usurpado! Y me llevó un pan escondido. Yo necesitaba conversar con ella, ¿sabes?

-¿Y lo lograste?

-Claro que sí. Me apoyé en lo que ella había dejado escrito en el pizarrón. Pude darme cuenta que era una mujer extraordinaria.

-¿Y qué hablaron?

-Me reprendió por haber dejado a mi familia. Yo traté de explicarle mis motivaciones. Que los niños merecen una escuela de verdad y no esa que tenían. Hasta le prometí construirle una si salvaba con vida.

-Lástima que no pudo ser.

-No pudo ser... Desde su casa, la maestra escuchó las ráfagas de balas, y acudió corriendo.

-Eres un idealista. Supongo que has quedado como un faro para mucha gente.

-Me quieren. No me puedo quejar. Siempre me consideré un ciudadano de América Latina, que es una tierra fácil para algunos y muy difícil para la mayoría. Pude haber vivido con mi familia. Pude haber ejercido la medicina. Incluso, pude haber sido un ministro de Fidel, y tener una vida larga. Pero, eso no es lo mío. Me entregué entero a una causa. En cuerpo y alma.

-Mi final fue mucho menos glorioso.

-Cuéntame, Oscar.

-Mi última muerte fue de enfermedad. Meningitis. Se me complicó una infección del oído interno. Tú entiendes de eso. Y ocurrió en una ciudad tan bella, como es París. Asistió a mi funeral el dueño del humilde hotel, que yo ni siquiera podía pagar. Quedé debiendo.

-Dices... última muerte... ¿Acaso tuviste una muerte anterior?

-Sí. La cárcel de Reading fue atroz. Me devoró toda mi vitalidad.

-¿Por qué fuiste a parar a la cárcel?

-Tuve la desafortunada idea de querellarme contra un tipo muy poderoso, y teniendo yo tanta vulnerabilidad.

-Algo muy grave te habrá hecho ese hombre.

-Me acosaba. Me desprestigiaba. Finalmente, me acusó de pervertir a su hijo. Imagínate. Siendo que él lo trataba tan mal. Nunca fue un padre para Alfred. Todo lo contrario. ¡Un tipo detestable! En cambio, a Alfred le tomé un tremendo cariño. Él es muy bello. Entre los dos nos ayudábamos a odiar a su padre.

-¿Fuiste homosexual?

-Sí, Ernesto.

-¿Y... habiendo tantas mujeres hermosas?

-Y teniendo yo una esposa admirable, que merecía un mejor marido. Yo la amaba... y la destruí. El hombre mata lo que ama, y por eso ha de vivir encarcelado. Me refiero a la prisión interna en que está atrapado cada ser humano. ¿Entiendes?

-Claro que entiendo.

-Me di cuenta de esto al sufrir ese horrible encierro. Y pude escribirlo antes de morir. Ese es mi legado. Más allá del príncipe feliz y del gigante egoísta, que ojalá ayuden también a las personas a comprenderse mejor.

-Y aquí vamos los dos, en busca de un paraíso remoto y añorado.

-Jamás podremos dejar de buscarlo.